



Aisthesis

ISSN: 0568-3939

revistaaisthesis@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Jiménez Osorio, Lily

Crispin Paine. *Religious Objects in Museums: Private Lives and Public Duties*. London and New York: Bloomsbury, 143 pp. 2013.

Aisthesis, núm. 58, diciembre, 2015, pp. 319-323

Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=163243346016>

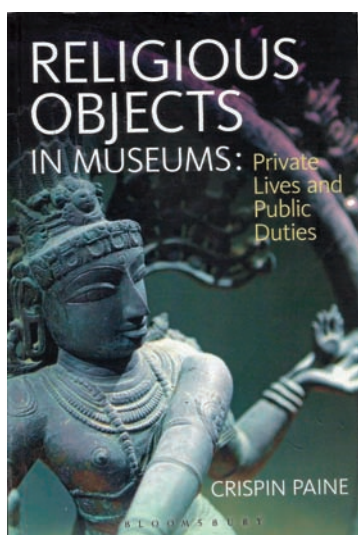
- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Crispin Paine

*Religious Objects in Museums:
Private Lives and Public Duties.*

London and New York: Bloomsbury, 143 pp. 2013.

Lily Jiménez Osorio

Licenciada en Historia, Universidad de Chile. Santiago, Chile.

MA Christianity and the arts, King's College London. London, UK.

ljimenezosorio@gmail.com

En la investigación sintetizada en este texto, Crispin Paine expone las principales problemáticas que presenta la posesión y exhibición de piezas religiosas en el contexto secular del museo en general, y las consecuencias de los procesos de musealización de piezas religiosas activas en particular. A pesar de que la intención del autor es abarcar museos “de todo el mundo”, la mayoría de los ejemplos corresponden a museos en los Estados Unidos, Reino Unido, Europa y sus antiguas colonias.

El libro presenta tres grandes objetivos: revisar críticamente cómo los museos gestionan lo religioso, celebrar la diversidad religiosa que se custodia en las colecciones de museos, y proponer que la interpretación y significados que adquieren los objetos en los museos es producto de una negociación de intenciones e interpretaciones entre los curadores, la pieza expuesta, y los visitantes de los museos (xiv). Esta tesis recorrerá la estructura general del libro, desglosándose en grandes temas que van desde el ejercicio curatorial dentro del museo, pasando por las disputas sociales por restitución de patrimonio, su uso e interpretación, hasta la comprensión del lugar y el rol público que el museo y la religión tienen en la sociedad contemporánea.

La experiencia de las últimas décadas en museos de Reino Unido, Europa y Estados Unidos ha demostrado que el problema religioso está lejos de ser inocuo.

Paulatinamente se ha vuelto necesario entender el problema religioso desde las instituciones para así comprender en profundidad la supuesta secularización de la modernidad, no obstante, el texto carece de una crítica explícita de la secularización.

En términos metodológicos, Paine se inserta en la corriente de Estudios Materiales de la Religión, los que buscan comprender el fenómeno religioso desde sus huellas materiales y visuales, haciendo un cruce de metodologías entre cultura visual y antropología cultural. Este innovador enfoque permite que la lectura de *Religious Objects in Museums* sea de interés tanto para investigadores académicos, como para gestores y administradores del patrimonio.

El texto se estructura en diez capítulos temáticos, junto a una introducción y sección de conclusiones. La pregunta motriz de este libro es la musealización de piezas religiosas, entendida como el proceso que altera el significado original de los objetos acorde a las intenciones del curador o del plan del museo. En muchos sentidos la musealización es asimilada a una forma de sacralización, puesto que “ambos procesos remueven al objeto del mundo mundano, y más notablemente le remueven su valor de cambio” (2).

La relación que existe entre los objetos sagrados y las personas es una relación ambigua que implica la negociación de los significados de los objetos, lo que es particularmente complejo en el caso de objetos santos, puesto que remiten a una historia y a una comunidad particular, de manera que reconocer su sentido sagrado implica tener presente esta dualidad.

Paine cuestiona la labor del curador frente a los objetos religiosos en el primer capítulo “Objetos Curados”, donde sostiene que “curar” viene de la misma base etimológica que sanar y cuidar, ergo, la principal misión del curador de un museo es resguardar y mediar entre los objetos y los visitantes de museos. Una colección representa una secuencia de sentido, así como una exposición tiene un relato visual y sensorial que adscribe significados sobre los objetos. La tarea del curador es crear esos relatos a partir de los significados propios de la pieza (intrínseco y extrínseco) junto con la intención curatorial (significado adscrito). A pesar del control que los curadores poseen, la interpretación de los relatos propuestos muchas veces escapa de su alcance, de modo que no obstante el declarado sentido secular del museo, es importante no olvidar los límites que muchas veces las confesiones imponen a fin de no cometer blasfemia.

Cabe destacar que en el segundo capítulo, llamado “Objetos Visitados”, Paine no usa el concepto de “audiencia”, sino el de visitantes. Esta diferencia se ha visto profundizada en los estudios museales y presenta una diferencia de enfoque que es tanto práctica como política. “Audiencia” remite a un grupo relativamente reconocible que admira o decodifica de forma concertada canónicamente, sea académico o político. Es por ello que este vocablo se usa regularmente en planes y programas de gobierno, fondos concursables estatales, o centros culturales. Sin embargo, esta noción oculta la heterogeneidad de interpretaciones, conductas y prácticas que el público que vi-

sita un museo o que asiste a un espectáculo llega a producir en la interacción con la muestra. Hablar de visitantes implica una preocupación que es cultural y social a la vez, puesto que no reduce a los sujetos a una relación pasiva de espectador, sino que busca entender la compleja relación interpretativa que se produce en el encuentro entre un público siempre cambiante y un equipo curatorial (o de producción) que pone a su disposición ciertos contenidos y significados.

En el tercer capítulo titulado “Objetos Venerados y Veneración”, Paine aborda el debate en torno al museo como un espacio de celebración ritual y como un lugar donde se pueden realizar rituales específicos en conjunto con las comunidades productoras de ciertas piezas. El autor recoge variados ejemplos donde las instituciones han llamado a comunidades religiosas para ser parte de la consagración de una pieza, o bien para la celebración de una fiesta en particular. Lamentablemente, esto ocurre principalmente con cultos orientales (especialmente Budismo, Jainismo e Hinduismo), no así con objetos o muestras de origen cristiano. Considerando esta exclusión, me parece pertinente preguntarse si acaso los curadores de los mentados museos adolecen de un orientalismo que los inclina hacia aquellas preferencias, o bien, los objetos cristianos han sido desacralizados al punto de perder toda eficacia simbólica.

La cuarta sección del libro se denomina “Objetos Reclamados”, y está dedicada a las disputas por restitución de objetos, principalmente restos humanos. Si bien estas controversias muchas veces reflejan un sentido político (especialmente de autodeterminación de ciertas comunidades), el reclamo por los objetos puede ser tanto por su reapropiación como por el control de su interpretación. Este asunto ha sido explícitamente acordado por el International Council of Museums (ICOM) en su Código de Ética de 1986, donde se sostiene que los objetos que tienen significado sagrado deben ser resguardados tanto en concordancia con los estándares profesionales como con los intereses y creencias de los miembros de las comunidades (sean religiosas o étnicas) que los originaron. Por ello, agrega el autor que la “lucha por el control de los objetos es una característica fundamental de la sociedad humana, por cuanto los seres humanos están aparentemente atados a investir a los objetos con significados, toda vez que su control fortalece y representa poder político” (46).

Los objetos son portadores de memorias, y en este sentido, se les debe cierto trato que Paine identifica como deferente, lo que abordado en la quinta sección del libro, titulada “Objetos Respetados”. A pesar de las dificultades de definición con el término “respeto”, el autor sugiere que ante los objetos religiosos siempre se debe reparar en las mediaciones simbólicas del mismo, ya que muchos de ellos (tales como reliquias, restos de lugares santos, estatuas consagradas) suelen estar dotados de carácter personal. Esto implica entonces que no se está tratando con un objeto del todo inerte. En aras de la diversidad cultural, Paine sostiene que al tratar de modo reverencial una estatua (lo que implica especial cuidado y atención), aunque sea “en la privacidad de la bodega de un museo” de algún modo “nos recuerda el respeto que debemos a la gran diversidad de búsquedas por el significado de la humanidad”

(57). Respeto, entonces, es un término que debe ser manejado en sentido práctico, ya que implica una decisión informada y una acción reflexiva sobre un objeto y sus proyecciones sociales.

El museo puede también tomar un rol de neutralizador en la medida en que es un lugar donde ciertos objetos “pierden” su poder y se pueden exhibir como vestigios de un peligro menguado. El montaje de objetos de cultos suprimidos por la colonización, reliquias de santos cristianos o del profeta Mahoma, es parte de esta tradición y Paine lo trata en el sexto capítulo de su libro titulado “Objetos Exigentes y Peligrosos”. Los casos más dramáticos en esta línea tienen relación con historias de objetos malditos (tales como joyas robadas de templos en la India o momias egipcias malditas) que fueron desesperadamente donados a museos para romper su maldición. Relatos de esta índole fueron particularmente famosos durante la era Victoriana y, según Paine, tienden a ser un reflejo cultural de las políticas civilizatorias del Imperio Británico, según las cuales los árabes y los indios eran poblaciones supersticiosas y fanáticas cuyos objetos tomaban venganza a través de rituales mágicos y maldiciones. En consecuencia, el museo funcionó (y sigue operando) como un ente regulador civilizatorio incluso capaz de anular encantamientos. Actualmente, la nueva museología ha resignificado esta tradición a través del reforzamiento del carácter secular del museo.

Históricamente, los museos de arte fueron concebidos como centros para la edificación moral de la sociedad, y por ello se han venido estudiando como espacios donde un encuentro especial es llevado a cabo: un ritual que tiene por objetivo la transformación espiritual del visitante a través de la contemplación de obras de arte sublimes y bellas. Esta intención fue declarada desde la fundación de muchos museos europeos durante el siglo XVIII y es el tema central del capítulo séptimo del libro, titulado “Objetos Elevados”. Los filósofos románticos contemporáneos basaron su pensamiento estético en el matrimonio de la belleza con la verdad, afirmando que la elevación moral del sujeto era imperativa. Así, los museos se plantearon como lugares de peregrinación; un paso obligado al visitar las grandes capitales europeas, y por ello muchas veces su lenguaje se asimila al lenguaje teológico. En consecuencia, los museos constituyen un espacio en los que aún se debate la secularización de la modernidad, y su función educadora dentro del espacio público sigue siendo fundamental en la lucha hegemónica por la interpretación y la producción de conocimiento.

Al sostener que los objetos religiosos cambian su significado de distintas maneras al ingresar al museo, Crispin Paine hace énfasis en las variables que muchas veces pueden ir en contra de quienes produjeron esos objetos. Así lo explica en el octavo capítulo de su libro “Objetos Militantes”, donde analiza tres grandes casos: el de la ex Unión Soviética cuando reorganizó museos en aras del ateísmo, exhibiendo reliquias e íconos como muestras de la corrupción del cristianismo, el caso de los misioneros metodistas que levantaron museos con piezas de las religiones sobre las que se imponían durante el siglo XIX, y los museos creacionistas norteamericanos que poseen fósiles como evidencia en contra de las teorías de la evolución. Objetos que

alguna vez fueron reverenciados como auténticos testigos de una creencia, son parte de un guion museográfico que los presenta como absurdos y vaciados de contenido.

El siguiente capítulo invierte inmediatamente esta problemática para exponer casos donde los objetos son tratados estratégicamente para exacerbar su peso simbólico, a través del uso de dioramas, *animatronics* e instalaciones audiovisuales. Así, en la novena sección llamada “Objetos Promocionales”, Paine muestra cómo distintos grupos religiosos han fundado museos para motivar una determinada ideología, y cómo los museos seculares han sido cuestionados para declarar su posición política.

El último capítulo del libro se titula “Objetos Explicativos y Evidenciales”, y trata sobre el sentido más común de las colecciones de objetos religiosos: explicar una determinada religión, su historia cultural y muchas veces su contexto de uso. El objetivo es promover un entendimiento más profundo de las religiones, considerando la heterogeneidad interna a cada tradición.

En conclusión, el libro de Crispin Paine plantea no sólo problemas prácticos y atingentes al mundo de los museos, sino que abre un amplio espectro de posibilidades de acción y preguntas concretas sobre el rol de lo sagrado y las religiones en la sociedad contemporánea, una sociedad permeada por la globalización y las migraciones, donde el encuentro de distintas confesiones comienza a generar conflictos.

Recibido: 24 agosto 2015

Aceptado: 28 septiembre 2015